

EDITORIAL

El problema de Villa Las Almendras

Las Habas no nació como un foco delictual. Fue, en su origen, una respuesta estatal a la precariedad, una solución habitacional que buscaba ordenar y dar dignidad. El problema es que ese mismo diseño, pensado para generar comunidad, terminó facilitando el aislamiento.

La situación de la Villa Las Almendras, conocida por años como Las Habas, vuelve a instalar una discusión incómoda pero necesaria: qué ocurre cuando la planificación urbana, las políticas sociales y la seguridad pública fallan al mismo tiempo. No se trata solo de un barrio con problemas de delincuencia. Es, más bien, el reflejo de decisiones acumuladas—y omisiones persistentes—que hoy pasan la cuenta.

El dato que aportan las autoridades locales es impactante: cerca del 70% de las viviendas con algún vínculo con el tráfico de drogas. Pero reducir el análisis a esa cifra es, en el fondo, simplificar un fenómeno mucho más complejo. Porque Las Habas no nació como un foco delictual. Fue, en su origen, una respuesta estatal a la precariedad, una solución habitacional que buscaba ordenar y dar dignidad. El problema es que ese mismo diseño, pensado para generar comunidad, terminó facilitando el aislamiento.

Pasajes sin salida, una sola vía de acceso, control interno. Lo que alguna vez se entendió como protección, hoy funciona como barrera. No solo física, sino también social. Barrios que se cierran sobre sí mismos y que, con el tiempo, quedan fuera del resto de la ciudad. Y cuando eso ocurre, la integración deja de ser una posibilidad y la informalidad—incluido el delito—encuentra terreno fértil.

Abrir la calle aparece como una solución evidente. Pero no suficiente. La experiencia y los expertos coinciden en que el urbanismo, por sí solo, no resuelve el problema. De hecho, insistir únicamente en medidas físicas pue-

de terminar reproduciendo el error original: creer que el espacio define la conducta, sin hacerse cargo de las condiciones que la sostienen.

Porque en Las Habas no todos delinquen. Y ese punto es clave. Generalizar no solo es injusto, también es ineficaz. Hay familias, adultos mayores, niños, personas que han construido su vida ahí y que también son víctimas del entorno. Ignorarlos o estigmatizarlos solo profundiza el problema.

Por eso, cualquier intervención real debe ser integral. Urbanística, sí. Pero también social, económica y comunitaria. Implica abrir calles, pero también abrir oportunidades. Desde acceso a servicios básicos hasta programas de empleo, educación y acompañamiento. Significa recuperar espacios públicos, pero también reconstruir confianzas.

El desafío no es menor. Requiere recursos, coordinación y, sobre todo, tiempo. No hay soluciones rápidas ni medidas efectistas que resuelvan décadas de abandono en meses. Y ese es, quizás, el punto más incómodo para la política: asumir que los resultados no serán inmediatos.

Las Habas no es un caso aislado. Se repite en distintos puntos de la ciudad y del país. Por lo mismo, lo que ocurra aquí puede marcar un precedente. Persistir en intervenciones parciales solo prolongará el problema. Apostar por una estrategia integral, en cambio, abre una posibilidad real de cambio.

La pregunta ya no es si hay salida. La pregunta es si existe la voluntad—política, institucional y social—para construirla. Porque mientras eso no ocurra, Las Habas seguirá siendo, en todos los sentidos, un barrio sin salida.